

Fernando del Paso

Una lectura deslumbrante

Sara Sefchovich

Con tres novelas totales, ambiciosas empresas de la imaginación histórica y la audacia verbal —José Trigo, Palinuro de México y Noticias del Imperio—, Fernando del Paso, quien acaba de alcanzar ocho décadas, es considerado uno de los narradores más fascinantes de la escritura hispánica del siglo xx.

En marzo de este año, en el marco de la Feria Internacional de la Lectura de Yucatán, Fernando del Paso recibió el premio Excelencia de las Letras, que lleva el nombre de José Emilio Pacheco. Premio muy merecido sin duda, porque Del Paso es uno de los grandes narradores de nuestro tiempo y de nuestro mundo.

Las suyas son novelas largas, complejas, innovadoras en cuanto a temas y lenguaje, y a veces también en cuanto a estructura, que requieren del lector un esfuerzo serio y un compromiso total.

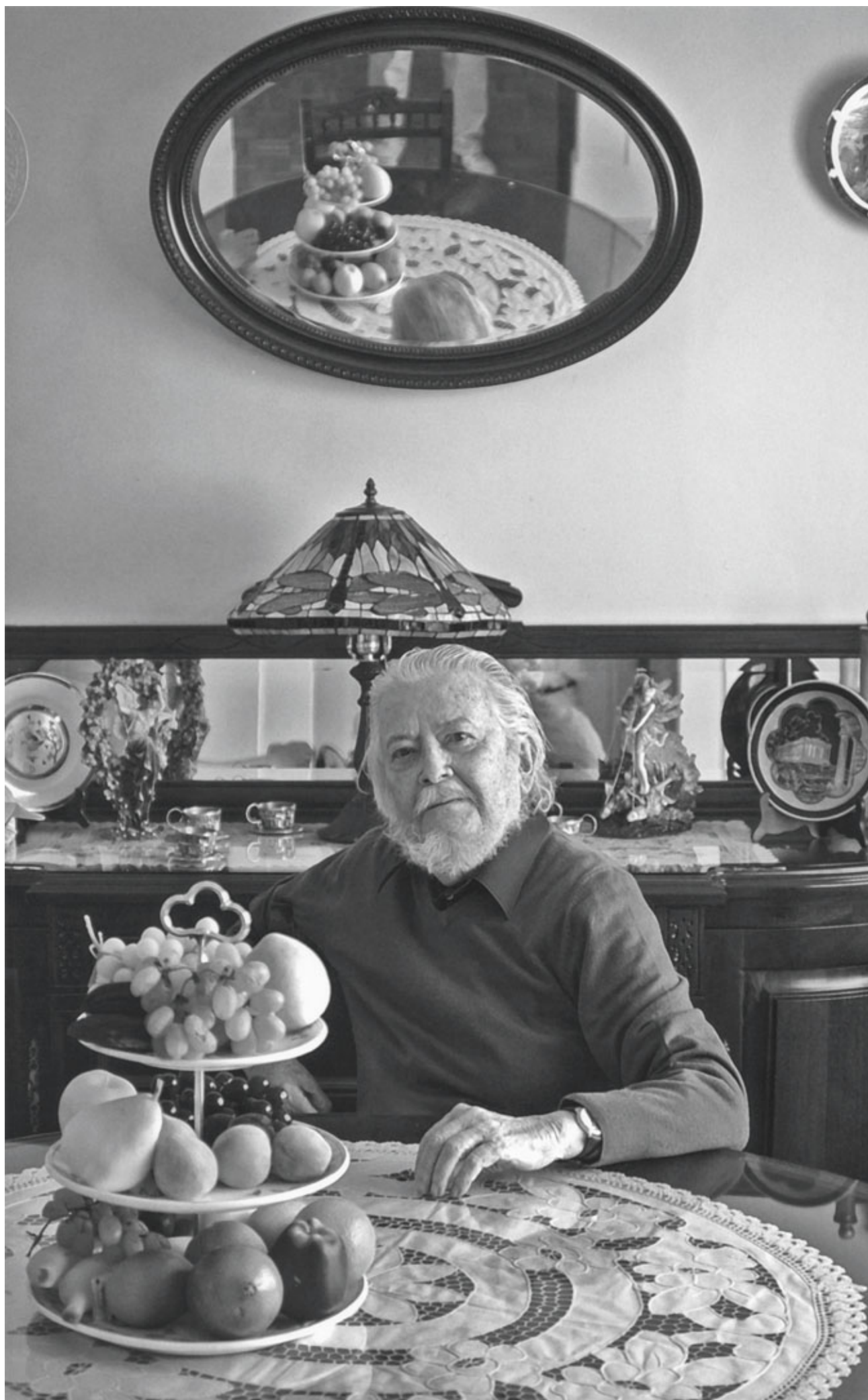
José Trigo (1966) fue definida por Óscar Mata como una pirámide verbal, y supongo que ello se debe no solamente a su estructura que sube en nueve capítulos y baja en otros nueve, ni solamente a su inclusión de géneros diversos (que incluso hicieron que algunos le negaran la clasificación como novela), ni solamente a su difícil elaboración lingüística (que incluye un rosario de palabras desconocidas como *langa*, *ruto*, *desgar*, *balado* y muchas otras), sino también a su trama que pretende dar cuenta de las luchas obreras en la historia de México, encarnadas en los ferrocarrileros, en los rumbos de Nonoalco-Tlatelolco, las huelgas, las represiones, los varios personajes y los muchos mitos.

Con *José Trigo* el autor nos advertía el camino que había elegido para crear sus ficciones: el de la ambición más desmesurada, el de pretender abarcarlo todo y recorrerlo todo, el de constituirse en arquetípica, en trans-

cedente (enfermedad característica de la época que la vio nacer, tanto en la literatura como en la pintura), el de rascar en el fondo arqueológico de lo mexicano, el de retomar los mitos y los momentos definitivos de la historia nacional.

Al elegir este camino, Del Paso se colocaba en la línea que había sido la más persistente de la literatura mexicana, heredera de Lizardi, Payno, Riva Palacio y Azuela, que hablan a nombre de la historia, de las clases sociales y de los afanes nacionales y también continuadora, por elección, del camino que en el siglo xx mantuvo ese discurso y ese objetivo.

En efecto: cuando en 1949, Juan José Arreola publicó *Varia invención* y tres años después *Confabulario*, en 1953 Juan Rulfo *El Llano en llamas* y un año más tarde Carlos Fuentes *Los días enmascarados*, se trataba en los tres casos, de relatos cortos que ejemplificaban los caminos que tomaría la narrativa mexicana en la segunda mitad de esa centuria: el de Arreola, intensamente personal, íntimo, de juego con la palabra y la fantasía, de preocupación por el hecho mismo de crear y de aguda inteligencia; el de Rulfo, de preocupación social, que no pasaba por la capital del país ni por los valores de la modernidad y que jugaba con el tiempo, con los símbolos y con los mitos; y el de Fuentes, que quería ser ambas cosas, un trabajo con las palabras, con el tiempo, con los símbolos y los mitos pero también con lo



Fernando del Paso en una fotografía de Rogelio Cuéllar, 2011

actual de la sociedad mexicana. Fuentes pretendió con su obra hacer una síntesis de lo mexicano y lo universal, con vocación totalizadora y con la idea de convertirse en paradigma.

Pues bien, la narrativa de Del Paso se inserta en la tercera de estas líneas por sus afanes totalizadores, porque quiere ya no sólo nombrar sino explicar a este país, a su historia y a su gente, no sólo retratarlo sino reinterpretarlo, y fantasearlo “mediante un realismo que sólo puede ser comprensible y totalizante a través del símbolo” como dijera alguna vez el propio autor.

Pero no sólo eso. La novelística de Del Paso forma parte también de las grandes catedrales de la literatura contemporánea en América Latina —Roa Bastos, Carpentier, Scorza, Vargas Llosa, García Márquez— que hablan en nombre de una cultura, ya no la que se proponía imitar a la que se hacía en los países “civilizados”, sino la que tenía algo propio que aportar al famoso “banquete de la cultura occidental” del que habló Alfonso Reyes. Son novelas que, como diría Carlos Fuentes, “inventan una visión plural del tiempo y del movimiento, de la vida como azar y variedad fuera de las exigencias monolíticas de la historia y de la geografía estáticas”.

Diez años después de aquella primera novela, Del Paso publicó *Palinuro de México*, superación de su propia hazaña para elaborar un texto en el cual, a partir de la disección del cuerpo de una mujer, recorre la vida de un personaje y la de una ciudad atravesada por aquel año de 1968, que en las letras y el imaginario de una generación se convirtió en axial, en parteaguas.

Una vez más, la obsesión del autor está presente: abarcarlo todo, dar cuenta de todo. En alguna parte de esa obra descomunal, aparece el relato de su propia desmesura, cuando cuenta que alguien quiso colgar un cuadro y para ello tuvo que levantar una pared, pero para que esta existiera fue necesario construir un cuarto y luego un edificio y luego una manzana completa de edificios y de allí una ciudad y, bueno... el mundo.

Esa es la literatura de Del Paso: la construcción de mundos completos.

Otra vez una década más tarde, vio la luz la tercera de esas empresas imposibles: *Noticias del Imperio*. En ella el tema es la Intervención francesa en México y su culminación en un imperio de corta duración, que sería derrotado por los liberales.

Si bien es un texto que parece punto por punto realista, resultado de una investigación que recoge del modo más minucioso la historia y cultura del siglo XIX, con una mirada amplia pero también obsesionada por los detalles, es al mismo tiempo una obra literaria de fantasía y de imaginación.

Esto que parece una contradicción se logra por una prosa única y una pasión por el despliegue verbal, aunque su estructura es más conservadora y previsible que

las anteriores: capítulos para el monólogo de la emperatriz, capítulos para contar la otra historia, la juarista.

A primera vista, el eje conductor del libro es Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, hija de Leopoldo, rey de Bélgica, prima de Victoria, reina de Inglaterra, nieta de Luis Felipe, rey de Francia, y cuñada de Francisco José, emperador de Austria-Hungría, mujer con mucha ambición, dueña de una inmensa fortuna y también de mucho aburrimiento, que empujada por Napoleón y Eugenia convence a su marido el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, romántico empedernido, viajero, autor de poemas, amante de las plantas y las flores, de abandonar su hermoso castillo de Miramar, junto al mar Adriático, desde donde velaba por los intereses austriacos invasores de ese rincón del territorio italiano, para cruzar el Atlántico y convertirse en emperador de unas tierras de indios, polvo y magueyes, porque había creído en las promesas de los conservadores que se lo fueron a pedir.

En realidad, dice el novelista, fue ella la que gobernó desde el Castillo de Chapultepec, cuando la debilidad de su marido enfermo de diarrea y de males venéreos lo alejaba hasta Cuernavaca para buscar buganvillas y a la mujer del prójimo. Fue ella la que viajó hasta Yucatán para conocer los confines de su imperio y a Europa para rogar por ayuda cuando los poderosos abandonaron su causa y los dejaron solos en su “trono de cactus erizado de bayonetas”.

Noticias del Imperio es la historia de esa aventura mexicana que a él le costaría la vida y a ella la razón. Como con José Trigo, como con el médico Palinuro, con la loca Carlota vivimos intensamente una vida, “las memorias vacías de sesenta años de olvido, el oscuro diario de veintidós mil días”, que sin embargo no son vacíos para el lector porque son la detallada historia de las dinastías y casas reinantes de Europa, el recorrido geográfico e histórico de los caminos que van “de Ostende a los Cárpatos, del Tirol a Transilvania” y del puerto de Veracruz a la capital de México, con sus caminos de tierra llenos de hoyos, sus calores infernales, sus enfermedades, sus bandidos y guerrilleros, sus paisajes majestuosos que recorreremos mientras nos sumimos en toda una época, la que terminó cincuenta años después con la Primera Guerra Mundial.

Pero hay también un segundo eje, aparentemente menos llamativo, que es el que marca con su figura el prócer Benito Juárez, un hombre al que nadie ha podido retratar, ni pintores ni novelistas ni historiadores, de otro modo que no sea como figura de bronce con levita negra, que pasa por los días y las páginas defendiendo sus ideas contra todo y todos, jalando la carreta con los archivos nacionales para salvar a la República.

Si la mujer venida de Bélgica muere en la locura, el indio venido de Oaxaca, el de la infancia de pastorcito,

el de la viudez con montones de hijos, muere por angina de pecho cuando quería seguir siendo presidente. Pero aquel es el relato del fracaso y este el del triunfo.

Y esto es lo significativo de la novela.

Porque el Juárez así retratado nunca tuvo una debilidad como tantos generales que se vendieron o tantos príncipes que se engañaron entre sí o tantas mujeres elegantes que tuvieron hijos ilegítimos. Porque Juárez fue el duro frente a Maximiliano con diarrea. Porque Juárez se atrevió a abrogar los privilegios de ese clero mexicano, “el más corrupto del mundo”, mientras Maximiliano dictaba páginas y páginas de un ceremonial ridículo para una corte espuria. Porque Juárez se escondió en el último rincón del territorio nacional al que nunca abandonó, mientras Maximiliano se entretenía en bailes, en joyas y vestidos y banquetes. Porque Juárez, seguido por indios de calzón blanco, y a base de pura terquedad, corrió al invasor.

Este es el verdadero eje de la novela. Aunque no parezca. Porque todo parece ser el retrato enojado de la historia de Europa cuando por debajo corre un arroyo sencillo: el de la historia de un país que venció al poderoso. Esta es una novela de príncipes ridículos y de indios salvajes, una novela donde Europa fascina pero lo que se admira es México, pues mientras aquella que presume ser la civilización pierde el tiempo armando matrimonios por interés y colonizaciones para buscar riquezas y se deshace en guerras fratricidas, este se levanta y se ocupa de construirse con todo y las invasiones y las traiciones internas y la pobreza brutal.

Las novelas de Del Paso engañan: ya lo dijo Esther Seligson sobre *José Trigo*: el que parece el personaje principal es un fantasma, y otro, en cambio, ese sí lo es (Buenaventura en este caso). Lo mismo sucede con Carlota: ella y su locura parecen ser el centro del relato pero sin duda lo es Juárez, el de la necesidad republicana infinita.

Una novela que es cátedra de historia como todas las otras. Si en *José Trigo* aprendimos de rieles y máquinas, si en *Palinuro* de enfermedades y órganos, aquí aprendemos lo que bebían los soldados franceses y lo que comían los mexicanos, lo que vestían los ricos y lo que pregonaban en los mercados, las pinturas que colgaban en los castillos, los rumores, los idiomas diferentes que se hablaban en el castillo de Chapultepec, y “en cinco leguas a la redonda del cerro del Chiquihuite”, las diferencias entre el dios “cruel” de los aztecas y el dios “misericordioso” de los cristianos, las contradicciones de ese pueblo que odia a los extranjeros pero se fascina con el cabello rubio y los ojos azules.

Para escribir sus novelas, Fernando del Paso lo lee y estudia todo, absolutamente todo. El mundo entero aparece en sus textos, su pasado y su presente, la patria entera también en su pasado y su presente, aunque sea algún momento violento el que desata la acción, como bien lo ha advertido Luis Hernán Castañeda.

Del Paso es el hombre que todo lo sabe y que todo lo inventa, que abarca la historia y construye mundos enormes. Sus novelas incluyen todos los géneros; testimonio, crónica, ficción, poesía. Su lenguaje incluye todo lo existente en palabras reales y figuradas. En sus textos hay monólogos y diálogos y conversaciones, hay metáforas y alegorías, primeras y terceras personas, cartas y relatos, cambios del lenguaje y la forma, voces de todo tipo y desde toda perspectiva.

Las de Del Paso son novelas que debieron ser enciclopedias, prosas que debieron ser poemas, listas que debieron ser manuales, un capítulo final (“El último de los mexicanos” en *Noticias del Imperio*) que debió ser su prólogo, textos que debieron ser mil textos.

Novelas totales, perfectas, aunque sean también empresas imposibles. Porque detrás de sus excesos, de sus relatos infinitos, de sus tantas lecturas posibles, de sus provocaciones y alusiones, de sus fuentes tan diversas, está una sola historia y una sola interpretación de la historia: la de México, la amadísima patria en donde las mujeres no son tan hermosas como Sisi emperatriz pero son tan solidarias como Margarita Maza, en donde no hay bailes en salones con piso de parquet y candelas de cristal, pero hay un valle como el de Anáhuac, con su luz única y la frescura de su aire, con sus volcanes, sus ahuehuetes, sus frutas sabrosísimas, los grandes lagos, el cielo azul y transparente con un millón de estrellas que “más brillarán como en ninguna otra parte del mundo”.

Por eso leer a Del Paso es entrar en un subibaja, en un remolino, y desde que se penetra en los textos no se pueden ver desde otra perspectiva que no sea la del puro deslumbramiento.

Esto es lo único permanente y duradero.

Las novelas de Del Paso son siempre la historia del enfrentamiento de culturas, y del triunfo de los pueblos sobre cualquier suceso. Y son sobre todo monumentos de amor a México, a eso que se llama La Patria, así, con mayúscula. Novelas hechas para servir a una causa, pues como ha dicho el autor, “para eso se inventó la fantasía y hay que ponerla, digo yo, al servicio de la causa”. La causa es México: el de sus liberales, sus jóvenes, sus obreros, sus luchadores, sus indios.

Y este es exactamente el punto: la causa. Pero si la causa de las primeras dos novelas terminaba en fracaso, en muerte, la de *Noticias del Imperio* concluye en triunfo: una nación se levantó y empezó a caminar. Nada menos y nada más.

Y caminó, mal que bien, durante un siglo y medio hasta que ahora, como ha dicho Del Paso con razón enorme y dolorosa, (otra vez) se nos está desmoronando.¹ **U**

¹ En su discurso de recepción del premio citado, en Mérida, el 7 de marzo de 2015.